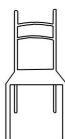


FELIPE BENÍTEZ REYES



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

FELIPE BENÍTEZ REYES

AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

Organiza:
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

Patrocina:
JUNTA DE EXTREMADURA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colaboran:
I.E.S. ARROYO HARNINA
I.E.S. CAROLINA CORONADO
I.E.S. SANTIAGO APÓSTOL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO

Diseño:
MARÍA CARBAJAL MASSÓ

Imprime:
FÉLIX RODRÍGUEZ S.L.

Dirección:
LARA GÓMEZ REY
FRANCISCA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

L EER PARA....

Los libros no contienen el mundo, sino que son una parte del mundo, una de las muchas cosas que hay en el mundo. De todas formas, los libros comparten con el mundo mismo su condición de inmensa entelequia inabarcable para el entendimiento, pues el lector padece el vértigo de la infinitud: cuanto más lee, más le queda por leer.

Existen libros que explican la estructura de las galaxias y libros que revelan la vida cotidiana de los insectos, libros que arriesgan teorías sobre la formación de las estrellas y libros que celebran el lirismo del titilar de las estrellas, libros que indagan en el ser o en la nada, libros que ofrecen antídotos contra la melancolía y libros que transmiten melancolías inconsolables, libros que desvelan el trazado de los laberintos abstractos de las matemáticas y libros que cuentan leyendas de piratas que gritan himnos fraternales y sanguinarios en tierras de Jamaica o de Isla Verde, libros que hipnotizan nuestra voluntad y libros que conquistan nuestro corazón por razones que a veces no tienen nada que ver con el corazón, libros que contienen poemas dedicados a muchachas de duro mármol frío y libros de versos que celebran las cosechas, libros que llevan dentro el veneno de la sátira, libros que destilan el licor áspero y bronco de las pasiones sin suerte, libros que desprenden la neblina gótica de las historias de espectros ensangrentados, libros que transpiran el sudor de los aventureros, libros que huelen a alcoba clandestina, a bar de bebedores solitarios y bravíos, a estepa nevada por la que se desliza un trineo...

De Los libros errantes (2002)

EL ACTOR

Los focos han dañado mi vista y mi memoria.
Yo era Hamlet, don Juan o un noble caballero
del siglo diecisiete, sensual y aventurero.
Me halagaba el aplauso, despojo de la gloria.

Las fotos en la prensa, los *cocktails*... Era hermoso
vivir, y era tan fácil. Por dentro, el decorado
se iba ya derrumbando. (El arte lo he pagado
más caro que la vida.) Fui rico y licencioso.

Tuve lo que los hombres aprecian: tuve amores,
viajé por el mundo, tuve esa cosa vil:
la fama. Y al final no sé quién soy. Adiós,

el telón va a caer por vez última. Las flores
que espero son amargas. ¿Quedará algo de mí?
En los palcos del mundo mi nombre fue el de un dios.

De Vidas improbables (1995)

MURMULLO EN LA ESCUELA NEOPLATÓNICA

Un cuidado amoroso se ambiciona
—vosotros, que sois jóvenes, atentos—
en noches como esta de vino y de alegría.
Si sabéis tener en el pecado
la sola recompensa a vuestros triunfos
—y usuales derrotas— en aquello que llaman
seducción —y escritura—, vendrá sabiduría
a la caverna oscura de las almas.
Si, al contrario, la gratitud os vence,
haciéndoos estables amadores
de un solo cuerpo hermoso,
acaso hayáis perdido
cuanto el amor requiere —y el poema requiere—
de intriga y de secreto.

Empezad vosotros, que aún sois puros y alegres,
a dejar vuestra vida narrada en claros versos;
en vano lo intenté cuando la edad tenía
de vuestra piel dorada; en vano pretendí
adecuar el deseo a palabras y ritmos.

Pero vosotros, sabiendo merecer cuanto tengáis,
hallaréis lo justo que explique vuestra angustia,
vuestra tristeza leve o vuestro júbilo.

Comiencen con lamentos los jóvenes poemas:
«En el arte del odio, malherida
por todo cuanto amé, la vida vana»,
sabrás el lector así ver corazones blancos
detrás de ese teatro de inexpertos actores.

Cuidad de todo amor y todo verso:
prestadles adoración y luego olvido.
Gastad esa moneda, la juventud.

Y que el tiempo, que huye, os sea generoso.

*De Paraíso manuscrito (1979-
1981)*

ADVERTENCIA

Si alguna vez sufres —y lo harás—
por alguien que te amó y que te abandona,
no le guardes rencor ni le perdones:
deforma su memoria el rencoroso
y en amor el perdón es sólo una palabra
que no se aviene nunca a un sentimiento.
Soporta tu dolor en soledad,
porque el merecimiento aun de la adversidad mayor
está justificado si fuiste
desleal a tu conciencia, no apostando
sólo por el amor que te entregaba
su esplendor inocente, sus intocados mundos.

Así que cuando sufras —y lo harás—
por alguien que te amó, procura siempre
acusarte a ti mismo de su olvido
porque fuiste cobarde o quizá fuiste ingrato.
Y aprende que la vida tiene un precio
que no puedes pagar continuamente.
Y aprende dignidad en tu derrota
agradeciendo a quien te quiso
el regalo fugaz de su hermosura.

*De Los vanos mundos (1982-
1984)*

EL JOVEN ARTISTA

El día te sorprende corrigiendo unos versos.
Y en aquella metáfora en la que cifraste
toda una larga historia de amor adolescente
el lector desganado no verá
sino un alarde técnico, una desangelada brillantez
propia del que comienza y necesita
demostrar su pericia y sus lecturas.

Has pasado la noche corrigiendo poemas
y la imaginación a ratos se dejaba llevar
por el ensueño grato de tus libros futuros,
páginas que constituirán más que nada tu vida
porque su perfección habrá de ser más rara que la misma
rareza de vivir (y de los hombres queda
apenas la leyenda que ellos mismos
asumen como propia).

Toda la noche a solas con tus versos,
fumando demasiado, buscando apoyo a veces
en los viejos maestros —ese tono de voz, inconfundible,
de la gran poesía, que habla siempre en voz baja...
Ahora estás ya cansado y la luz inconsciente
del amanecer filtra sus láminas de plata
por las cortinas de tu biblioteca.

El esfuerzo ¿fue en vano? Eso nunca se sabe.
Tú no buscas
sino la aprobación cortés de los pocos amigos
que verán en tus versos algo de tu carácter:
un indicio de miedo, una brasa de amor
aún del todo no extinta.

Tú no buscas
sino la ambigua sensación —tan irreal a veces—

de encontrarte a ti mismo a través de unos versos
que corriges y afinas con afán enfermizo,
buscando perfección y la verdad a medias
de tu existencia propia, destinada a afirmarse
en las noches a solas con tu arte,
en las noches a solas
con los cuerpos que amaste y que tal vez te amaron.

De *Los vanos mundos* (1982-
1984)

LOS CONVIDADOS DE LAS ÚLTIMAS FIESTAS (EN HOMENAJE A CARLOS MARZAL)

Porque hemos descreído
de todo por principios,
está bien no hacer nada,
salir sólo de noche
y apurar una copa
cuando cierran los sitios.
Está bien que la vida
nos convierta en sus cómplices
y que la vida misma
se encargue de aburrirnos,
traídos y llevados
por las malas pasiones.
Pero la Noche maga
está ya conspirando
para hacernos beber
su copa de veneno
y habrá que acostumbrarse
a vivir destronado.
Vendrán los jovencitos
a quitarnos el cetro,
y yo ya te estoy viendo,
removiendo tu vaso,
decirles que a la vida
hay que ponerle precio.
El precio que pusimos
a la nuestra, que fue
fingir no sentir mucho
el fracaso o la gloria,
el amor o el engaño;
esas cosas, ya ves,
que ahora se rebelan
contra nuestra memoria

pidiéndole las cuentas
del tiempo que se fue.
Porque el tiempo, ese lobo,
murió entre nuestros brazos
—y entre copas y rubias,
entre versos y bares —
sin saber si teníamos
un destino más alto.
Nos queda poco tiempo
para alcanzar la fama,
para crear leyendas
y atontar a las niñas
con frases misteriosas
y gestos de canalla.
Esta fiesta se acaba.
La luz viene muy fría.
¿No ves al enemigo?
Volvámonos a casa:
nos guiñan ya las gordas
y los viejos maricas.
No es el nuestro este mundo.
El nuestro lo incendiamos
una noche de fiesta,
bailando con borrachas
y prometiendo a todas
un vestido de raso.
Pero eso se acabó.
Nos presentó batalla
el tiempo, que es furtivo.
Sólo nos queda, Carlos,
recordar viejos triunfos
y asearnos el alma.

*La pasión será un fuego
hace ya tiempo extinto,*

*y el tiempo sólo un método
feliz con el que herimos.*

De Pruebas de autor (1980-1985)

LAMENTACIONES Y PROPÓSITOS DE SILVIA

Me dice que le gustan mis perfumes
porque huelen a humo de sirenas
quemadas, o locuras de ese tipo.

Esas cosas me dice.

Y me dice también que nada hay
más hermoso en el mundo que unas medias
destrozadas o un labio golpeado.

Y yo le dejo hacer.

O me pide que pose de corista,
que me acerque a su coche dando precio
a un catálogo absurdo de pecados.

Esas cosas me pide.

Lo que ese maldito aún no comprende
es que el juego va en serio y tiene fin,
porque el premio es su muerte o mi locura.

Y eso aún no lo entiende.

Algún día de estos, cuando elogíe
el matiz de un perfume o me destroce
mi mejor par de medias, caerá.

Me he comprado una *Luger*.

O bien cuando me obligue a darle en público
mi dinero y mis joyas para irse
a beber con amigos y tanguistas.

(Porque tiene esos gestos.)

Pero ese tipo tiene que caer.

Y ha de verme encender un cigarrillo
mientras que se desangra horrorizado.
Y yo como si nada.

Ya estoy harta de ser actriz sin público,
distracción de un perverso de opereta.
Pienso ir por el mundo haciendo daño.
Y el que quiera, que pague.

«Una mujer no tiene más tesoro
que su corazón, que es fruta corrompida
desde que el mundo es mundo», le he avisado.
No entiende a las mujeres.

Ese tipo no sabe que el amor
no es más que una partida entre canallas
y que a todas nos gusta que nos traten
de zorra para abajo.

Que nos hundan en el fango. Pero en serio.

*De La mala compañía (1985-
1987)*

EL DERROTADO

Sé que llevo mis tropas a la muerte.

Caen las torres en llamas y huyen los caballos
heridos, renqueantes, arrastrando cadáveres
de mercenarios viejos.

Oigo el claxon
de un coche que me llama
y un ruido de llaves en mi puerta.
Entre la bruma espesa y las ensangrentadas armaduras
el ejército de las negras corazas
avanza y sé que es tarde:
arde en el cielo helado una bandera
de tinieblas, despojo de la gloria.

Ha caído mi último jinete
y en la calle se oyen mangueras arrastradas,
y arrastrándose el agua, como esta sangre
inocente que corre a mis pies.

Brilla una espada altiva que amenaza a la reina,
vagando en este campo de soledad y muerte,
en esta habitación llena de humo.

No he podido salvar al Rey mi señor.
Como otras tantas veces, esperamos
esa voz indistinta
que anuncia nuestra muerte.

Hemos perdido
esta rutinaria partida de ajedrez.

*De La mala compañía (1985-
1987)*

HABITACIONES PRESTADAS

Era un sonar de llaves indecisas.
Un ruido profundo de ascensores;
inquietados huéspedes de aquellos edificios
de la periferia, dorados por la tarde.

Era buscar a ciegas
interruptores de luz, como quien busca
en esas bibliotecas truculentas
el secreto resorte
que conduce a la cámara privada,
al sitio inconfesable.

Era el olor
de sábanas extrañas, y el olor
desconsolado de los cuartos
de huéspedes, con libros y revistas
de desecho.

Era
vestirse con el frío. Salir de allí
de nuevo como extraños.
Más unidos, en fin, por una sombra.

El amor tiene ahora en el recuerdo
olor a cuartos húmedos
y el sonido furtivo de una puerta al abrirse.

*De Sombras particulares (1988-
1991)*

INFANCIA

El viento golpea la puerta
del cuarto siempre cerrado.

El viento llama a la puerta.

El viento quiere abrir
la puerta en que detiene su camino
ese caballo blanco con ojos de cristal.

El viento araña
la puerta con su garra de dragón errabundo.

Los sioux y comanches
van tensando sus arcos.

La paloma mecánica
mueve sus alas frías.

Pero el viento
derriba al fin la puerta.

Y deja ver
la habitación de sombra y amargura.

*De Sombras particulares (1988-
1991)*

VALOR DEL PASADO

Hay algo de inexacto en los recuerdos:
una línea difusa que es de sombra,
de error favorecido.

Y si la vida
en algo está cifrada
es en esos recuerdos
precisamente desvaídos,
quizá remodelados por el tiempo
con un arte que implica ficción, pues verdadera
no puede ser la vida recordada.

Y sin embargo
a ese engaño debemos lo que al fin
será la vida cierta, y a ese engaño
debemos ya lo mismo que a la vida.

*De Sombras particulares (1988-
1991)*

BIBELOT

Cuando agitas la esfera de cristal,
una súbita nieve cae solemne
sobre los figurados edificios
de colores brillantes.

Y si agitas

a la vez tu memoria,
ves a un tipo que llega
de madrugada a una ciudad
—ese borroso aspecto de juguete
que en la memoria adoptan los lugares—
y arrastra su maleta, y para un taxi,
y a través del cristal
ve la nieve caer, hasta que llega
a un hotel con letreros luminosos, situado
enfrente de otro hotel a cuya puerta
ha parado otro taxi que recoge
a un viajero que arrastra su equipaje.

Cuando agitas la bola de cristal,
sobre el agua desciende la nevada,
ingenuo decorado que recrea
la ciudad que ahora es, en tu recuerdo,
poco más que esa grávida esfera de cristal:
un mundo sumergido
al que alguien llegó de madrugada
—y la megafonía confusa del aeropuerto—,
alguien que deshizo con metódica extrañeza su maleta,
que la rehízo días más tarde y tomó un taxi
de vuelta al aeropuerto, antes de amanecer:
un pequeño catálogo de rutinas, condensado
en la pequeña bola de cristal,
con su mundo fingido,

su confeti de plata,
su imaginaria nieve asentada en el fondo,
hasta que agitas la esfera
y vuelven a surgir desde la nada
la nieve, una ciudad y tu memoria.

De *El equipaje abierto* (1992-
1996)

INCOHERENCIA DE LO COTIDIANO

Relojes digitales, como lunas heladas,
cámaras fotográficas y de vídeo
con su impecable aspecto de amuletos,
televisores que reflejan
imágenes de enfermos, de atletas, de asesinos
—y ese charco de sangre en primer plano—;

ante ofertas de pilas de larga duración,
ante montones
de carretes de fotos que habrán de eternizar
el viaje a las islas, la mirada de un niño
o el desnudo furtivo de una mujer dormida;

ante el escaparate de los fríos prodigios,
de pronto, por el azar de las analogías,
hay un hombre que ve
la sucesión de su memoria, episodios
de niebla confundidos
en cuerpos y en objetos que recubren
un pasillo sin fin,
al fondo del cristal que le refleja.

Y ve en ese cristal imágenes borrosas
de unos coches que pasan, de una joven que pasa,
la intermitencia de un neón, los diligentes
transeúntes que escapan de la lluvia:
sombra en su propia sombra repetida;
y observa los relojes,
la altiva maquinaria rebajada
en un 20 %, y prosigue su rumbo
mientras otro curioso se detiene a mirar
relojes digitales, y cámaras de vídeo, y el reflejo
de su propia mirada en el cristal,

y pone en hora exacta su reloj,
para seguir después,
cuando la lluvia cesa, su camino,
con zapatos mojados y paraguas,
por una calle comercial cada vez más desierta.

De *El equipaje abierto* (1992-
1996)

SUB ROSA

De los viajes se regresa
igual que se regresa de los sueños:
con una sensación de irrealidad
y una astilla de hielo
clavada para siempre en la memoria,
pues algo allí se queda para siempre:
ficción en torno al mundo y a la vida, una confusa
esas
monedas falsas.

Una torre que brilla en el crepúsculo.
Un museo vacío a media tarde.
Ascensores de hoteles. Concurridos comercios
que ofrecen al turista la quincalla
que sirve de asidero a la memoria.

La memoria es un naufrago
aferrado a unos símbolos.

Por eso el que regresa trae consigo
un sólido equipaje de extrañeza
que deshará y hará de nuevo el tiempo.
Sobre la mesa de trabajo,
los billetes usados parecen viejos mapas:

el milagro imperfecto de la memoria
sigue rutas confusas.

—Como el guante perdido de un niño en el asfalto.

Nunca existe un lugar
que sea el nuestro, y el recuerdo no llena

el hueco palpitante del pasado:
su extraño corazón late en la nada.

Los trajes arrugados del viajero
son las alas enfermas de un tiempo consumido,
porque de los viajes se regresa
igual que se regresa de los sueños.
Y uno vuelve de un sueño
con un hondo temblor en la mirada:
fugitivas figuras
y calles fugitivas, su contorno irreal; cafeterías
y estaciones con voces que reverberan huecas
en un mundo vacío.

Sobre la mesa de trabajo,
los billetes usados que ya no llevarán a parte alguna:

las ciudades, los sueños, son un guante perdido.

La vida va cerrando sus fronteras
y el equipaje abulta más que nunca,
y en la sala de espera estamos solos.

La configuración de los destinos
es un malentendido laborioso
entre el azar y las quimeras.

Nuestro destino es
volver de cualquier sueño.

Igual que se regresa de un viaje.

*De El equipaje abierto (1992-
1996)*

TIEMPO LIBRE

El elegante crepúsculo
muestra el forro morado de su abrigo
desteñido y lunático.

Un exhibicionista
se refleja en los ojos de unos niños
que regresan de ver una vociferante
película infantil de muñecos que sufren
y de aliens prodigiosos.

En la cabina
de monedas urgentes del *peep-show*,
un tipo observa
a títeres girar, follar, desvanecerse
tras un cristal de pronto oscurecido.

La anciana quiromante
de la boca vacía, la vieja peluquera
de ojos diluidos como en nieve,
las mujeres, en fin, que odian ya las imágenes
escuchan por la radio los sucesos
del día —parecido al de ayer y al de mañana.

Unos recién casados,
en el balcón de un hotel, beben champán,
obsequio de la casa, extrañados de verse
solos al fin frente a un futuro abierto,
al modo de un abismo,
ante sus zapatos brillantes y nupciales.

Alguien lee con retraso un periódico,
cuando el mundo
ha renovado ya su repertorio
de guerras y milagros deportivos.

Alguien ordena,
con seriedad de burócrata embrujado,
su colección de sellos, mariposas o medallas.

Un secuestrado lee, por milésima vez,
la etiqueta borrosa de su propia camisa.

Un actor secundario ensaya ante el espejo
la expresión de estupor que requiere la escena
de la invasión del ovni luminoso.

Bien,
son las ocho o las nueve,
son las diez o las once, tanto da, de la noche,
y la noche nos pone en nuestro sitio:

alguien procura
que su perro interprete unas palabras

y alguien mira un catálogo de muebles
de línea posmoderna y metafísica
que no puede comprar,
un enfermo camina por un bosque
de fiebre y antibióticos,

un policía experto
en interrogatorios prolongados
se entretiene ordenando el laberinto
molecular de un puzzle de mil piezas.

Cada uno cumpliendo
la unánime condena de crear
paraísos ridículos,
cuando ya a la caída

de lo oscuro volvemos
a la dramática inocencia
de no saber qué hacemos en el mundo.

*De Escaparate de venenos (1996-
1999)*

UNA FORMA DE PROFANACIÓN

Siempre ha tenido
el más hermoso nombre de ciudad.

En los cuentos exactos de la infancia
era el confín nativo de un ladrón,
un confuso lugar con hombres raros,
tocados con turbante,
a lomos de caballos presurosos.

Hoy es sólo un desierto
en que brillan estrellas violentas.

Bombardeada tierra, en fin, de las imaginaciones,
desdichada Bagdad,
yo que te imaginaba
fulgente por tus cúpulas de oro...

*De Escaparate de venenos (1996-
1999)*

UNA FORMA DE ETERNIDAD

Pero ¿el miedo era esto?

No los amenazantes
fantasmas del pensamiento y la conciencia.
No los largos pasillos de hospitales
con tubos fluorescentes día y noche.
Ni siquiera el temblor de irrealidad
que se queda en el alma si recuerdas.

El miedo, al parecer, es sosegado:

te llega cuando cierras la ventana
y comprendes que todo cuanto miras
es lo mismo que ayer, y que lo mismo
volverá a ser mañana y para siempre.

*De Escaparate de venenos (1996-
1999)*

PROPÓSITO DE ENMIENDA

A favor del vivir —sea *eso* lo que sea—,
retando la locura del tiempo fugitivo,

marcando las distancias con su vértigo
de muerte y destrucciones arbitrarias,

mirándole a los ojos

al tiempo
—aun siendo él

veloz como un reptil que deja atrás su sombra.

Qué meticulosidad —ese asesino en serie—
para darnos las dosis de veneno y de antídoto
con una exactitud de paciente alquimista,
arrojados nosotros a sus pies
como los perros...

Y, no obstante,
a favor del vivir, sea eso lo que sea
—y aun temiendo que sea
este raro correr hacia la nada.

*De Escaparate de venenos (1996-
1999)*

ODA AL INVIERNO

Porque has llegado tú,
el de las manos finas con anillos de plata,
el resoplar de los caballos
envahece la noche, y el humo de los buques
flota incierto en el aire,
y es el mar
como un légamo verde que se agita.

Porque has llegado tú, con tanta luna,
con ese bastoncillo de hielo en que te apoyas
—y esas plumas de pájaro que vagan por los parques—,
el viento cruje
en las ramas del árbol, y cruje en las esquinas,
arrugándose
como una carta adversa entre los dedos
de un rey loco y vencido.

Porque has llegado tú todo es más blanco,
y nuestros cigarrillos parecen las bengalas
de seres temerosos que deambulan
camino de su sueño
de endriagos y de enigmas, de mujeres
que jamás serán tuyas de otro modo.

En la hora nocturna
de los remordimientos,
están tus manos frías
sobre el corazón palpitante de los bosques
de savia coagulada,
están tus manos
frotando nuestra cara como un signo de muerte,
siempre están
metidas en el agua que bebemos,

y entras así en nosotros,
porque has llegado ya, y eres el dueño
de todo cuanto el sol ha despreciado.

Cerremos la ventanas:
es tiempo de pensar en lo que nunca
volverá a ser ya nuestro,
porque has llegado tú,
puntual peregrino de helados dedos góticos,
y todo se recoge
sobre sí, bajo el alma, cuando siente
que están tus manos frías sobre el tiempo,
haciendo tiritar lo fugitivo.

*De Escaparate de venenos (1996-
1999)*

LA ESPERA

Cuando me paro a hablar de mí conmigo,
cuando con el fantasma esclavo de mi vida converso
convenimos de nuevo en las cosas triviales
y en la íntima y honda razón que nos abate
discrepemos confusos.

Aguardando a que suene
la aldaba que no empuña su mano desde entonces,
conversamos callando, por si acaso volviera
y nuestra eterna charla impidiera el oírla
al fondo del pasillo, caminando con miedo
como una estatua gélida que recibe la vida.

Sé que no ha de volver y no obstante prosigo
vigilando la entrada, moldeando su rostro
según el inasible
indicio de esa niebla, la memoria.

Centinela que impide la entrada del olvido,
imagino su cuerpo cada noche a mi lado.

Cuando me paro a hablar de mí con el extraño
ser que me habita oscuro, yo no tengo respuesta
para la duda honda que a los dos nos zahiere.
Convenimos de grado, sin apenas disputa,
en asuntos triviales, en ligeras cuestiones.
Pero nunca en la honda razón que nos destruye.

*De Trama de niebla. (Poemas dispersos.
1984)*

LA AGENDA

Un día podía ser una percha, un despertador o un juego de compases. Otro día un par de guantes, un mechero o un mazo de revistas. Algunos días nada. La gente tiraba cada vez más cosas, pero cada vez, también más desbaratadas e inservibles: ¿de qué podía servirle a él un martillo sin mango, por ejemplo, o una Biblia protestante? Un peine discretamente desdentado era ya suerte.

Estaba, además, la competencia. Muchas veces se encontraba los bidones ya removidos, con las bolsas desgarradas, dejando ver la putrefacción de las verduras y los dientes amenazantes de las latas. “Aquí pudo haber una radio en buen estado o un tostador de pan”, pensaba, y el fantasma de aquellos tesoros electrodomésticos pesaba en su imaginación como una presa fallida.

El día de Reyes encontró una agenda de tapas de plasticucho verde. Estaba llena de anotaciones. Leyó al azar la correspondiente al 24 de octubre: “Cena con Marta. Jockey. 9,30”, y de inmediato se figuró a una joven vestida de negro, con largos collares de perlas, y un restaurante de mucha distinción, de ésos en que los camareros parecen duques arruinados por causa del juego y el calaverismo. Cogió, en fin, una taza con el asa rota, un par de pilas, un cucharón de palo y completó el botín con la agenda.

Se sentó en una plazoleta en las que las palomas eran tan peligrosamente dóciles que solían acabar cocidas. Abrió la agenda. “Viaje a Málaga. Hotel Bahía”.

Y pensó en una playa nocturna, iluminada por farolas blancas y rococó, y en un bar de cócteles y turistas. “Ver a Julián en Cliché. 10.30”, y Julián se le convertía en un tipo con gabardina, poseedor de los más oscuros secretos bancarios, y Cliché en un local de luces lánguidas, con música moderna y muchachas rubias, fumadoras impasibles, removiendo sus combinados con la endiosada dejadez de las amantes muy

regaladas. “Recoger billete de avión a Londres”, y se veía a sí mismo con una buena maleta de cuero, dándose aires mundanos en la cafetería del aeropuerto, con el billete y el pasaporte en la mano, oyendo los nombres de las lejanas ciudades por los altavoces: Roma, París, Budapest. De modo que rebuscó sus bolsillos, sacó un bolígrafo, le echó el aliento en la punta para calentar la tinta y escribió “Roma, París, Budapest. Cenar con Nancy. 9,30. Restaurante Méndez”. Y decidió seguir apuntando cosas así cada día del año, debajo de las anotaciones del dueño anterior de la agenda de tapas de guaflex verde. “Viajar a Estambul. Cenar con Rosario. Bailar en la discoteca”. Tendría que buscar a partir de ahora más bolígrafos. No era fácil, porque casi todos aparecían despuntados, o gastados ya, o con la tinta rebosada.

“Casarme con Susana. 5,30. Viaje a Italia. Comprar anillo”. Y pensó que quizás alguna vez encontraría un anillo de oro entre los periódicos atrasados, los botes de dentífrico vacíos y las latas de conserva, tan peligrosas, tan cortantes.

De *Un mundo peligroso* (1994)

El implacable fuego

Doña Cuca andaba de tarea, poniendo patas por alto aquella casa que sólo le traía malos recuerdos: las noches de llantina cuando su marido se marchaba de safari galante y volvía a las claras del día con aliento bronco de alcohol, de tabaco, de carmín pecador y de blasfemias; los días de completa soledad y los días, aún peores, en compañía: aquel mal hombre que intentaba tenderle trampas con documentos de mucha letra pequeña y de mucha parrafada equívoca que la hubiesen llevado a la ruina si en momentos de enajenación los hubiese ido firmando.

Andaba la viuda, en fin, en labores de registro y de liquidación. En el patinillo trasero había dispuesto una fogata que fue convirtiendo en fumarola tanto trasto, tanto papel ya inútil, tanta ropa apolillada y tanta bagatela que los años habían ido acumulando en desvanes, en estanterías y en roperos. Y, muy especialmente, en aquel fuego, ante la mirada de espanto del pasante Rivera, se cumplió el destino atroz de la biblioteca oculta de Sivantos: toda aquella iconografía de corpiños, de culos y de daifas de arrabal se achicharró en el infierno doméstico de doña Cuca. La misma suerte corrieron los relatos de Sivantos, que tuvieron la mala fortuna de encontrar su único lector en este mundo en la persona menos apropiada; allí se redujeron a ceniza, con rumbo al limbo de la literatura.

Ardieron muebles atacados por la carcoma voraz, quemó doña Cuca viejas revistas de moda que le devolvían el eco helado de su juventud, quemó el archivo del bufete, arrojó a las llamas cuanto papel encontró, cuanto recuerdo de su marido pudiera quedar en este mundo. Tras echar al fuego unos cuantos paquetes de folios con membrete, Rivera llegó a pensar que el siguiente cachivache que la viuda arrojaría a la fogata sería él mismo.

Por todo el pueblo se veía ascender una columna de humo en la que se volatilizaba la vida de un fulano: su labor profesional, su mobiliario y su literatura. Una columna de humo que de pronto parecía adoptar forma de legajo, de pronto de baúl, de pronto de cadera de mora.

De *Chistera de duende* (2004)

RAMÓN GAYA,
LA VISIÓN TRANSPARENTE

El hecho de que un individuo sea un pintor o un escritor excelente supone en sí mismo una casualidad escasamente rutinaria. El que un escritor resulte ser un pintor excelente constituye un hecho igualmente inusual. El supuesto de que un pintor excelente sea a la vez un escritor excelente linda ya con los terrenos neblinosos de la milagrería.

Chesterton dijo algo así como que lo realmente extraordinario de los milagros es que puedan suceder, y en el caso de Ramón Gaya tenemos un ejemplo de ese suceso.

Gaya no es sólo un pintor cuya obra provoca ese sentimiento al que el género humano se resiste cuantas veces puede: la admiración (el más embarazoso de los sentimientos, según Baudelaire), sino también uno de los escritores que con más clarividencia ha tratado literariamente las intrincadas sugerencias que propicia el arte pictórico.

Hay que suponer, desde luego, que cualquier pintor — bueno, digamos que “casi” cualquier pintor, porque muchos pintores tienen la cabeza hueca y la pueden llenar de extravagancias exegéticas con bastante facilidad—, cualquier pintor, según iba diciendo, tendría muchas y muy sugerentes cosas que decir sobre su arte, aunque sólo fuera para reírnos con esas cosas a carcajadas, pero también hay que suponer —y ejemplos existen que apoyarían esta lamentable suposición— que en la mayoría de los casos sería más verdad que nunca la antipática sentencia según la cual el lenguaje no es más que una sombra, pálida y desvaída, del pensamiento.

Pero los escritos de Gaya no sólo presentan un valor testimonial por venir de quien vienen, sino que —sobre todo— su valor es esencialmente revelador. Gaya es un pintor que escribe sobre pintura prescindiendo de aridesces técnicas y, especialmente, de esa difusa retórica de gangas pretenciosamente sublimes que contribuye al sustento familiar de la mayoría de los críticos de arte contemporáneos, en cuyos textos no dudan en comparecer palabras de mareante empaque ni aventureros neologismos.

Sentimiento y sustancia de la pintura ha titulado Ramón Gaya una reciente recopilación de sus escritos. No son, ni de lejos, escritos digresivos ni divagatorios —ese tipo de escritos que parecen flecos de otros flecos—, porque Gaya es ante todo un caballero y los caballeros no suelen andar por las ramas ni marear perdicés. No. Gaya escribe sobre la pintura con la misma precisión con la que, no sé, un marinero habla de las cosas del mar: cada cosa por su nombre y cada nombre según su intrínseco fundamento. En cuanto a los juicios valorativos que se contienen en los escritos de Gaya, se da la circunstancia amable de que sus devociones pueden resultar devociones unánimes y de que sus prejuicios resultan ser prejuicios privilegiados. (En realidad, leyendo algunos de sus textos podemos experimentar una sensación un tanto estrafalaria: la de envidiar prejuicios ajenos.)

La obra de Ramón Gaya —su pintura, su literatura— constituye una rara felicidad en el actual panorama artístico, tan proclive a la exaltación del cachivache por medio de una retórica que parece inspirada en los galimatías del cómico mejicano apodado Cantinflas. Felicidad rara por lo *auténtica* —esa palabra que el mal uso acabará convirtiendo en un artificio conceptual— y por esa honda verdad, inconfundible, que transmite toda aventura insobornablemente solitaria: una vida dedicada a *pensar* el arte, a describir su emoción, a razonar su minucioso misterio. Y de paso, como si tal cosa, a transmitir —

creando y recreando con diáfana transparencia— la belleza —
sentimiento y sustancia — de la pintura.

De *Gente del siglo* (1997)

Felipe Benítez Reyes (Rota, Cádiz, 1960) es uno de los escritores más relevantes del panorama literario actual. Autor de obras de narrativa, ensayo, poesía y colaborador habitual de prensa ha sido galardonado con los más prestigiosos premios, entre otros: Luis Cernuda, Fundación Loewe, Nacional de Literatura, Nacional de la Crítica, Ateneo de Sevilla de Novela, Internacional de Poesía Ciudad de Melilla. Parte de su extensa creación ha sido incluida en importantes antologías y es reeditada continuamente. Felipe Benítez Reyes también ha traducido a autores esenciales (T.S. Eliott, Nabokov) y ha dirigido las revistas literarias *Fin de Siglo*, *El Libro Andaluz* y *Renacimiento*. Autor versátil y polifacético ha ejercido, además, de editor literario (*'Escritos sobre Rota: 1916-1936'*) y algunos de sus libros se pueden encontrar en alemán, francés e italiano. Su obra abarca diferentes géneros. Narrativa: *Chistera de duende* (1991), *Tratándose de ustedes* (1992), *Un mundo peligroso* (1994, relatos), *La propiedad del paraíso* (1995), *Humo* (1995), *Impares, fila 13* (1996), en colaboración con L. García Montero), *Maneras de perder* (1997, relatos), *El novio del mundo* (1998), *Lo que viene después de lo peor* (1998 narrativa juvenil), *El pensamiento de los monstruos* (2002), *Los libros errantes* (2002). Poesía: *Paraíso manuscrito* (1982), *Los vanos mundos* (1985), *La mala compañía* (1988), *Pruebas de autor* (1989), *Poesía 1979-1987* (1992), *Sombras particulares* (1992), *Vidas improbables* (1995), *Paraísos y mundos (Poesía reunida)* (1996), *El equipaje abierto* (1996), *Escaparate de venenos* (2000), *Trama de niebla* (2003, recopilación de su obra poética). Otros: *Rafael de Paula* (1987, escritos taurinos), *Bazar de ingenios* (1991), *La maleta del naufrago* (1997), *Gente del siglo* (1997), *Palco de sombra* (1997, escritos taurinos), *Cuaderno de ruta de Ronda* (1999), *El ocaso y el oriente* (2000), T. S. Eliot, *Prufrock y otras observaciones* (2000, traducción y notas), *Papel de envoltorio* (2001, artículos de prensa), *Los astrólogos errantes. Leyenda en verso en tres actos* (2005, obra teatral).

FELIPE BENÍTEZ REYES
leyó sus textos en Almodralejo
el de Febrero de 2006



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

4